

EN TORNO A TEILHARD

POR

THOMAS MOLNAR

Dos circunstancias recientes me deciden a dedicar un artículo a Teilhard; a ese mismo Teilhard al que, erróneamente al parecer, suponíamos olvidado desde hace un cuarto de siglo, aunque sabíamos que el teilhardismo supervivía, latente, como una de las corrientes decisivas del *Zeitgeist*. La primera de estas circunstancias ha sido la carta del Cardenal Casaroli, la cual, sin decir nada, dice mucho. Dicha carta evoca la esperanza (?) devuelta por Teilhard a los escépticos e invita a profundizar más en las muy complejas soluciones teilhardianas a muy complejos problemas. (El término «complejo» tiene anchas espaldas.)

Sin embargo, el sentido del mensaje casaroliano está claro: la Iglesia persiste en el camino adoptado antes y semioficializado después del Vaticano II: acercamiento a la nueva civilización que ve surgir. Esta civilización consiste en una especie de socialismo que no es ni occidental (social-democracia), ni del Este (marxismo), sino de un tercer modelo (1). Esta decisión, a su vez, implica otra: la tercermundización de la misma Iglesia, decisión que tiene su parte positiva y su parte negativa. Estas dos opciones, como ocurre siempre en tales casos, no se detienen en los límites entrevistos de antemano, sino que determinan un tercer acercamiento a los ambientes, los esquemas de cultura y finalmente a los grupos y movimientos hostiles a la bimilenaria tradición filosófico-religiosa del catolicismo.

Concretemos. Es evidente que el *Monitum* dirigido contra

(1) *Vid.* mi libro *El socialismo sin rostro*, «El advenimiento del tercer modelo».

las fantasías de Padre Teilhard no ha perdido nada de su vigencia durante estos dos docenios. La carta del Cardenal no dice lo contrario (*). Esta es la cuestión. En la nueva óptica —sin contar con los refinamientos diplomáticos del Vaticano que imponen un determinado estilo— y según los ambientes modernistas (Heidegger, Ernst Bloch, Rahner, el mismo Teilhard, etc.), la lógica aristotélica del Tercio Excluido ya no está vigente, o, al menos, ya no es la única posible y válida; el *Monitum* de 1962 y la carta de 1982 pueden ser válidas a la vez, ya que sus contradicciones han sido «superadas» por los supuestos de esa civilización que está naciendo de la maduración de la humanidad.

Es decir: el que elige una orientación radicalmente nueva, elige forzosamente una nueva terminología y amigos también nuevos. No se puede seguir la línea de la apertura conciliar sin acostumbrarse a un lenguaje y a una ciencia diferentes y eventualmente a una religión reformada por segunda vez. Pues bien: el theilhardismo es, entre otras cosas, un medio ideal para efectuar la aproximación con la cultura naciente. Su fundador es un

(*) *L'Osservatore Romano*, en su edición castellana del 19 de julio de 1981, publicó el siguiente comunicado:

«Algunos órganos de prensa han interpretado la carta dirigida por el cardenal Secretario de Estado a Su Excelencia, monseñor Poupard, con ocasión del centenario del nacimiento del padre Teilhard de Chardin, como una revisión de las anteriores tomas de posición de la Santa Sede respecto a este autor y, en particular, del *Monitum* del Santo Oficio del 30 de junio de 1962, que señalaba que la obra de dicho autor contenía ambigüedades y graves errores doctrinales.

»Se ha preguntado si tal interpretación tiene fundamento.

»Después de haber consultado al cardenal Secretario de Estado y al cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, la cual, por disposición del Santo Padre había sido debidamente oída con relación a la mencionada carta, respondemos de modo negativo. Lejos de constituir una revisión de las anteriores tomas de posición de la Santa Sede, la carta del cardenal Casaroli manifiesta en diversos pasajes ciertas reservas —reservas que algunos periódicos han silenciado— que se refieren justamente al juicio dado por el *Monitum* de junio de 1962, aunque este documento no esté mencionado de forma explícita».—*N. de la R.*

conocedor del Tercer Mundo y precisamente de la China y del Extremo Oriente. Es un jesuita de antes de la decadencia de la Orden y, por consiguiente, aureolado de una grande y seria reputación. Un jesuita, en fin, que llevaba sotana, lo cual, en el «contexto» le otorga respetabilidad. Era un sabio, un poeta, fantástico, visionario, soñador de la paz, una paz fundada sobre la convergencia, incluso sobre la visión de una humanidad con una sola cabeza, como lo afirma su amigo y prologuista Julián Huxley. Si los papas han tomado hoy día por costumbre el peregrinaje a Nueva York, a las Naciones Unidas, a Ginebra, a la OIT (Organización Internacional del Trabajo), esto forma parte de la nueva orientación y se debe a la enseñanza teilhardiana. El mundo está en vías de unificación y la penúltima etapa será el encuentro de las dos grandes cabezas: la Iglesia y el mundo. Desde esta perspectiva, la misa sobre el mundo celebrada por Teilhard en las estepas de Mongolia nos aparece, no sólo como el signo precursor de una nueva civilización, sino como pura ortodoxia.

Esto es lo que dice, sin decirlo, la carta de Casaroli. *Sotto voce*, añade aún algo más: ¡qué suerte para la Iglesia, ante los Hans Kung y los Gustavo Gutiérrez, inhábiles en sus excesos, disponer de un auténtico sacerdote-sabio-poeta, según los gustos de los *cognoscenti*, que comunique con el mundo en gestación e incluso forme parte de él!

Hablemos ahora de la segunda circunstancia que me ha decidido a escribir este artículo. El padre benedictino húngaro Román Rezek, establecido en Brasil, me envía tres ensayos consagrados a Teilhard, del cual es discípulo, admirador y propagandista ferviente desde hace treinta años. Me participa su alegría al ver por fin publicada en Hungría una antología de 700 páginas de textos teilhardianos, elegidos y editados por él. Alegría porque se trata de extender la influencia de su querido Teilhard entre sus compatriotas, pero también porque así cree ir en ayuda de los católicos de Hungría, a pesar de la reticencia de las autoridades, sin cuya aprobación la obra no habría podido ver la luz. El padre Rezek, cosa muy comprensible en un autor me-

ticuloso, se lamenta, sin embargo, de que la editorial húngara, empresa católica pero, por supuesto, dependiente de la voluntad del Estado y en definitiva del Partido, no le haya permitido más que tres correcciones de pruebas. En mi opinión, lo que esto significa es que el Estado se adelanta al deseo del editor y se muestra satisfecho de que, al fin, penetre en Hungría el grueso de los textos teilhardianos. En efecto, estos textos sólo pueden servir para promover la convergencia entre el Partido y los católicos, convergencia de la cual será el Partido el que saque mayor provecho. Si no fuera así, el volumen de Teilhard no habría sido publicado. Que sepamos, detrás del telón de acero no han aparecido las obras de Bernanos, de Gilson, del padre Meinvielle ni de Marcel de Corte. En conclusión: el padre Rezek, en su entusiasmo —tan teilhardiano por lo demás— no se da quizá cuenta de que le están utilizando.

Este mismo entusiasmo informa los tres textos (de los cuales traduzco los títulos y algunos pasajes): «Pensamientos sobre el combate por la verdad mantenido por Teilhard», «El peregrino del futuro, el junco pensante» y «Fe en la paz». Lo que perjudica a su estilo, por otra parte apasionado y vigoroso, es el estado de espíritu del díscolo cegado por las enseñanzas de su maestro. A los ojos del autor, todos los que critican a su ídolo (no cabe otra palabra) no pueden estar movidos más que por el odio, la malevolencia, la ironía. Esto justifica al autor que, a su vez, se muestra enconado, malévolos y sarcástico respecto a los críticos de Teilhard, mientras que éste fue siempre bueno, generoso, afable, paciente y siempre dispuesto a perdonar. He aquí cómo habla Rezek del *Monitum*, sin ocultar su desprecio hacia los censores oficiales: «¡Pobre y buen Teilhard...! Creía que los fundamentos epistemológicos establecidos en su prefacio (a *El fenómeno humano*) serían aceptados por las cabezas jesuíticas habituadas a las distinciones escolásticas pedantes... Y, en efecto, al cabo de veinte largos meses de espera, se le obsequia con este párrafo, primero de una larga crítica: "este escrito es *mixtura quaeddam* de ciencia, filosofía, teología y poesía"». El *Monitum*, escribe Rezek en otro lugar, contiene expresiones «gro-

seras y estúpidas» —y esto es lo que ha venido a corregir el «texto objetivo» de la carta del cardenal Casaroli.

Horribile dictu, se ha osado tocar al pobre y buen Teilhard, y los que lo han hecho y lo hacen son mentes espesas, pertenecientes a un modo de pensar superado. El sarcasmo del autor, más grosero en húngaro respecto a los críticos y censores que como aparece en mi traducción, me autoriza a recordar dos episodios que he escuchado en boca de interlocutores del propio Teilhard. Como aquéllos y éste están muertos, puedo hacerlo sin faltar a la delicadeza.

El padre Raymond de Jaegher, sacerdote belga de alta espiritualidad, muerto en 1980, me contó que un día, en China, unos campesinos vinieron a buscarle, azorados y confusos: «¿De veras el padre (se trataba de Teilhard, que estaba entonces en China y al que de Jaegher conocía bien) es un sacerdote católico?» —«Sí, por supuesto; ¿por qué?»— «Porque le hemos pedido que diga la misa y nos ha despedido diciendo que estaba muy ocupado». Mi amigo disculpó a su colega explicando a los campesinos que Teilhard era un gran sabio, que, en efecto, tenía mucho trabajo, etc.

El otro episodio, más corto y también más devastador, me fue referido por el filósofo D. von Hildebrand. Poco antes de la muerte de Teilhard, con ocasión de un congreso que tuvo lugar en Nueva York, éste dijo, riendo a von Hildebrand: «El obstáculo para la renovación es esa creencia estúpida en la Encarnación».

He aquí unos testimonios irrecusables que sugerirían al padre Rezek algo más de prudencia, sobre todo teniendo en cuenta que la frase de Teilhard es consecuencia de su sistema, como vamos a ver. Sin embargo, en otros tres puntos de su primer texto (el primero de los que él me ha enviado) se lanza contra los censores de Teilhard. Citemos dos de ellos: «Una sola palabra basta para medir la inteligencia del censor: en un punto importante pregunta a Teilhard si se trata de un cuento (*fábula*) o bien de algún tipo de sistema idealista». Rezek se indigna y se ríe de semejante cuestión; yo, por mi parte, al parecer tan poco

inteligente como el censor, encuentro que la pregunta está enteramente justificada y que la respuesta no deja lugar a dudas: se trata de un sistema idealista construido en torno a una gnosis en desacuerdo con la doctrina católica (más adelante volveremos sobre ello).

El otro punto da ocasión al autor para ironizar sobre el padre Garrigou-Lagrange que, en 1946, osó escribir en su artículo «Las nuevas tendencias de la Teología» lo siguiente: «Teilhard propaga las doctrinas más fantásticas y más falsas». Una vez más, me pongo al lado del crítico de Teilhard, tratado por el padre Rezek con una ironía estilística que prefiero no traducir. Me pongo de su parte con tanto mayor placer intelectual cuanto que por mi parte me siento irritado por la descripción que hace Rezek de la doctrina theilardiana y por los excesos de una fraseología pueril y hueca tomada directamente de la obra del gran hombre: paz cósmica, fuego divino, alfa y omega, opción por la verdad, llama espiritual, trabajar para Dios, combate por la verdad, todo ello por supuesto en mayúsculas y subrayado como si se tratara de una serie de grandes descubrimientos.

Rezek toma por pensamiento estos signos de entusiasmo, sistema corriente entre los *iniciados* que se comunican entre ellos por medio de un lenguaje emocional y que se enfadan cuando los *profanos* les piden un razonamiento coherente y argumentos basados en lo real. Por otra parte, no se puede negar que esta fraseología está de acuerdo con una cierta tendencia del mundo moderno. Sea tendencia o sensibilidad, el hecho es que nuestros contemporáneos esperan poder desprenderse del cuadro de la racionalidad y optar por «la experiencia», el subjetivismo, lo existencial, con tal que esa mezcla adopte cierto aire científico. En realidad, sin embargo, se trata del gusto por la gnosis, elegida según una mística personal y extendida artificialmente a las dimensiones del Cosmos. El estilo es vago, esotérico y cortado, en armonía con una especulación que se salta las etapas y con un razonamiento que esquiva el rigor. La visión de Teilhard —*fabula vel systema quoddam idealisticum*— por citar al censor, está admirablemente adaptada al camino seguido por la sensibilidad

moderna. Pero decir que se trata de un pensamiento es violentar la naturaleza de la especulación filosófica. El núcleo de la visión que el entusiasmo teilhardiano envuelve está hecho de afirmaciones gratuitas —fantásticas y falsas, como escribe el padre Garrigou-Lagrange— y apenas conceptualizables. Recordemos sus grandes líneas.

Dios ha creado la materia y ha implantado el mecanismo de la evolución. Desde entonces se ha declarado *deus otiosus*, entregando su confianza a esta fuerza (¿el impulso vital de Bergson?) y a su conductor al mismo tiempo que instrumento (el hombre) para espiritualizar gradualmente la materia. Darwin supone una evolución ciega, sin finalidad; Teilhard pone en su principio al Dios creador, que da cita al hombre para dentro de unos cuantos miles de millones de años. Entre esta alfa y esta omega, la humanidad espiritualizará y cristificará al universo, realizará la gran obra (no se puede menos de pensar en la *opus* de los alquimistas) de la mentalización/moralización: la noosfera. El cosmos será limpiado de la materia, que es el mal, y preparado para la segunda aparición de Cristo.

Pero limpiar el mundo de la materia, que es el mal, significa que hay que negar la encarnación y también la resurrección de los cuerpos: he aquí el sentido de las palabras dichas por Teilhard a von Hildebrand. ¿A qué viene ese Jesús, «Dios encarnado» que aparece en un momento de la historia arbitrariamente elegido? No es más que un estorbo, ya que el mecanismo evolutivo hace su trabajo sin ninguna intervención divina. Inmovilizado por este contratiempo, Teilhard inventa una primera coalescencia, todavía imperfecta, de la humanidad, coalescencia cuyo nombre es imperio romano. Por consiguiente, es el imperio romano lo que condiciona la Encarnación y el papel de Cristo se reduce al de un sub-césar. Sin embargo, será otra coalescencia (a la que se sitúa dentro de varios millones de años, con objeto de esquivar otros posibles contratiempos) la que señalará el fin de la creación y del «fenómeno humano». La parusía, por supuesto; pero una parusía condicionada por un acontecimiento mucho más importante que la Encarnación de Cristo, sincronizada con

la aparición del imperio romano. Este acontecimiento es la gran convergencia de todos los cerebros y de todos los descubrimientos morales: la noosfera envolviendo al planeta. Es en este punto cuando Huxley, debidamente impresionado por la semiciencia de su colega, entona el himno a la gloria de la «cabeza única» de la raza humana.

Hay que notar que en todo este sistema —en que la imaginación, o más bien la *ciencia-ficción*, galopa a rienda suelta, y en que la verdadera ciencia es manipulada con absoluta arbitrariedad—, espiritualización, cristificación, evolución hacia la noosfera, punto omega, son obra de fuerzas (siempre el impulso vital) en que ni Dios ni el hombre tienen, en definitiva, parte alguna. La bióhistoria está propulsada por las fuerzas mecánicas de la evolución, fuerzas inmanentes que reducen la creación al automatismo; a Dios, en el mejor de los casos, a un relojero; y a los hombres al papel de robots programados. Esto es lo que se perpetra con ayuda de expresiones como «fuego espiritual», «paz cósmica» y «combate por la verdad».

A los ojos del padre Rezek, nuestros argumentos no pueden hacer impacto: el simple hecho de criticar a su maestro nos descalifica, ya que sólo los iniciados le comprenden. «Aquel que comprende y hace suya la visión particular de Teilhard —escribe— no encontrará ni herejía ni dificultad insuperable en sus extrapolaciones filosóficas y morales a partir de la ciencia... La evidencia que él presenta hasta al lector más obstinado es que sería absurdo que el universo sea absurdo». Es decir: los oponentes de Teilhard caen en el absurdo. Quizá esto es lo que teme el cardenal Casaroli...

Ahondemos en este sistema en que las elucubraciones fundadas sobre las emociones de Teilhard (estamos lejos del *thaumadzein* de Aristóteles en que la reflexión rigurosa controla la admiración) nos son presentadas no sólo como filosofía, sino también como el momento decisivo de la mutación entre materia y espíritu (2). Según Rezek, el mayor descubrimiento de Teilhard

(2) Teilhard nos conjura a optar por el progreso *hic et nunc*, porque

es la formulación de lo «infinitamente complejo», digno de ser colocado al nivel del descubrimiento (?) pascaliano de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. Notemos que el argumento favorito de los materialistas, desde Epicuro y Lucrecio, es que lo *aparentemente* no material es producto de la «complejificación» de la materia en un proceso que se desarrolla durante «miles de millones» de años. También Teilhard juega con duraciones arbitrarias a fin de poder demostrar «los cambios de estructura del tejido cósmico». Estos cambios son la aparición de la hidrosfera y después de la biosfera; sabe con toda certeza que el próximo acto del tejido cósmico será engendrar la noosfera. «La evolución elige un nuevo plano: el del alma. La ciencia se hace oración, el saber se trasmuta en fe».

Precioso y hasta emocionante. Pero de ciencia y de filosofía, nada. Solamente una reflexión deshilvanada apoyada en hipótesis y en visiones. Los animales, escribe, por ejemplo, Teilhard, se presentan divididos en numerosas especies; el hombre, en cambio, pertenece a una raza única; conclusión: la humanidad tiene la vocación de unificarse, con el progreso moral como único objetivo válido. Por consiguiente, la guerra, que fue planetaria entre 1939 y 1945, ha llegado a sus últimos límites; desde ahora, las corrientes mundiales no podrán menos de converger. La paz está al final de esta etapa de la evolución; no hay otra posibilidad, puesto que los hombres se han dado cuenta de las exigencias ineluctables de la evolución. ¡Esto es lo que se nos sirve a guisa de ciencia, de filosofía, de razonamiento!

Y si no fuera más que eso... Pero la ambición de Teilhard y de los que en él se inspiran ha sido fundar una religión, la última, la verdadera: una religión, según sus propias declaraciones, injertada en el «viejo tronco romano», una religión post-romana. La nuestra, en estos decenios post-conciliares. «Creo que el gran hecho religioso actual es el despertar de una religión natural que

los que eligen mal (reaccionarios, etc.) caen a tierra desde el carro de la evolución. Este catastrofismo es típico de los exaltados, de los ideólogos y de los herejes.

hace, poco a poco, adorar al Mundo y que es indispensable a la Humanidad (siempre las mayúsculas) para continuar trabajando». En efecto, es la nueva religión en la que podrán comulgar todos los paganos.

Está el asunto de la publicación en Hungría de la antología teilhardiana. El padre Rezek se felicita por ello. Yo creo que el Partido comunista se felicita también. Rezek invoca —en el decenio que ha visto a Pot Pol, los *boat people*, los nuevos fanatismos y las clínicas psiquiátricas— «la moral común del porvenir». Es fácil ver en ella la nueva moral marxista, la coexistencia, la paz, a Moscú como agente del eje evolutivo. Podemos estar seguros de que los propagandistas del Partido se ocuparán de ello.

Antes de converger en el Punto Omega, ¿no se detendrán las corrientes de la humanidad, en evolución hacia la noosfera, en etapas menos... generosas?